

La palabra y hacer *gaslighting*: “¡todo está en tu imaginación!”

No hace mucho mencioné al final de una de mis colaboraciones el susto que me producía la expresión *Gaslighting*. Un extranjerismo tan funesto para el devenir vital de cada uno de nosotros, sobre todo si somos receptores de esa “luz de gas”.

El hecho de ir *bajando el nivel de gas de la lámpara* para hacer creer que la merma de luz es cosa de nuestra imaginación, posee una perversión digna de mentes depravadas. “Y haberlas, haylas” como las meigas en los pagos galaicoportugueses.

“¡Todo está en tu imaginación!”, oigo, “¡te lo inventas!”, dicen.

Frases similares poseen un gran poder perturbador y una trascendencia desestabilizadora para el ser humano, propias de caracteres manipuladores que provocan en la víctima el tambaleo de su personalidad: a pesar de lo que sentidos, potencias y facultades perciben y transmiten, el suelo se abre bajo nuestros pies. No hay soporte que resista la insistencia y la intencionalidad de tal actuación malévola. La flojera, la duda y la incertidumbre acuden inexorables.

Asistimos, pues, a una auténtica lección de filosofía para desentrañar el genuino contenido del concepto ‘realidad’. A vueltas con Aristóteles, san Agustín, Locke, Hume o Kant.

Capítulos docentes y didácticos que no siempre se resolvían con solvencia: difícil desentrañar los recodos del léxico sobre: percepción, fenomenología, procesos interiores, circunstancias exógenas, factores personales, condicionantes socioeconómicos, parámetros culturales...un conglomerado terminológico de complejidad nada desdeñable. Importa descodificar, por tanto, la enjundia de todos esos vocablos para que volvamos a encender la luz de la razón, sin gas. Conocer nuestro idioma, descubrir la polisemia lingüística, atender cada una de las palabras en el acto comunicativo, facilita espantar a esos *Anton Walbroock*, pobre diablo de pacotilla, que para sobrevivir a su propia miseria, maltratan hasta el trastorno a sus próximos.